

EL AHORA INCESANTE

Mertxe Carneiro Bello

"Oh, alma mía, te enseñé a decir "Hoy" como "Antaño" y "Un día", y a pasar danzando tu danza en corro por encima de todo Aquí, Ahí y Allí."

(Nietzsche. "Así habló Zaratustra", fragmento: 'De la gran nostalgia')

Ayer he tenido un *déjà vu*, y si la memoria no me traiciona mucho, éste podría ser el tercero que se produce en mi vida.

Yo miraba distraída por la ventanilla del autobús que sube al Mataró Park. En el asiento contiguo, mejor dicho en el contiguo más la mitad del mío, iba una inmensa señora musulmana. (¿Por qué me tocarán siempre tan 'abundantes' compañeros de viaje? Tengo que consultarlo.) En cada giro a la derecha se me venía encima una marea de carne; la recuperación de la recta traía la pleamar; y en los giros a la izquierda un arpón en forma de mano (el otro ya lo llevaba anclado en su asiento delantero) salía disparado hacia la barra de mi asiento delantero. Esto llegó a convertirse en una auténtica pesadilla ya que la trayectoria del hierro cada vez pasaba a menos centímetros de mi apéndice nasal. De tan agitada manera transcurría el trayecto cuando, de

pronto, la señora musulmana va y me gime: "Ayuda tú", y antes de que pueda reaccionar la tengo íntegra sobre mi desfalleciente integridad. Quedé sumergida. Me ahogaba por momentos. Qué angustia. Menos mal que conseguí sacar a flote mi bracito derecho y con él aferrarme desesperadamente a la barra del asiento delantero. ¿O fue al cuello del pasajero que lo ocupaba?

Bueno, qué más da, lo cierto es que fui emergiendo poco a poco a la superficie. Y entonces, mientras sudaba tinta tratando de sobrevivir a aquel tsunami humano, en mi cerebro sonó algo parecido a un chasquido. Instantáneamente, me encontré muy lejos de allí y viviendo la misma angustiosa escena. El paréntesis sólo duró veinte o treinta segundos. Creo... Estas cosas que nos suceden intramuros del ser escapan a la medida temporal, pero me estoy basando en el tiempo que medió entre el primer asalto y el último sobresalto. Es un dato a considerar, ¿no? Por cierto, que como una sigue siendo la pluma que siempre ha sido, pues resulta que de este *déjà vu* me han quedado dos huellas de muy distinta naturaleza que quedarán por algún tiempo vinculadas. La una de orden psíquico, como lo es el desconcierto ocasionado por el trance *en sí*. La otra de orden físico, como lo es el inmenso cardenal en mi brazo izquierdo ocasionado por el poderío muscular de la señora musulmana, lo cual también es trance pero más bien *para mí*. (El señor Kant sabe por qué lo digo.)

Hoy, sin más dilación, tocaba perpetrar el anual artículo para la *Oarso*, y me he dicho venga, mujer, que ya tienes algo que contar. Sacude la pereza y échate al camino, a ver hasta dónde te lleva.

...





Me atrevo a decir que el fenómeno llamado *déjà vu* ocupa un lugar destacado en el palmarés de las cosas extrañas que se pueden experimentar en la vida. Es absurdo y perturbador. Es capaz de confundirnos hasta extremos insospechados, ya que supone nada menos que un desdoblamiento de la persona. Cuando nos visita -y siempre nos visita por sorpresa- se tiene la impresión de estar habitando simultáneamente en dos mundos muy distintos. Quizás habitar no sea la palabra adecuada para referirnos al que llamaremos 'mundo de la realidad', pues queda automáticamente desactivado por la irrupción del otro. ¿Y cómo describir este otro mundo que nos ha invadido como un relámpago invade un tranquilo cielo de verano? No tiene contornos, no tiene luces, sólo tiene a nuestro facsímil, dueño y señor de la escena que un instante antes representábamos en exclusiva en nuestro mundo real. Muchísimas personas han experimentado esta especie de ubicuidad del ser. Se produce en el momento más inesperado y no siempre es la realización de un acto lo que acarrea su manifestación. Puede invadirnos incluso en la quietud más absoluta.

La casuística es extremadamente variada; no obstante, todas las situaciones tienen el común denominador de estar empapadas de extrañeza y familiaridad. Tal antitética mezcla nos hace tributarios de un tiempo y un espacio ilocalizables que, al desvanecerse, nos dejan la ilusión, ¡cuando no la certeza!, de que habernos repetido.

¿Y cuántas veces podemos repetirnos?
...¿Una? ...¿Cien? ...¿Acaso somos inmortales?

Los psicólogos cortan por lo sano en este delicado asunto. Según ellos, el *déjà vu* únicamente tiene que ver con la "psicopatología de la vida cotidiana". Freud explicaba este peculiar estado del alma como "la reminiscencia de un fantasma inconsciente, o de una ensoñación diurna". Según esto, nuestro psiquismo ha vivido antes el acontecimiento, o más bien su atmósfera, pero como todo ha tenido lugar en el inconsciente no puede recordarlo con claridad. En cuanto a Ferenczi, uno de los discípulos de Freud, implicaba en el fenómeno no solamente a fantasmas diurnos (ensoñaciones) y sueños olvidados (rechazados) de la noche precedente, sino también a sueños muy antiguos. De igual manera podría pensarse que hemos vivido realmente la situación y la hemos olvidado por no prestarle en su momento la atención precisa; después, bastaría un escenario análogo en el presente para que del pasado surgiera este fragmento imposible de ubicar en un recuerdo concreto. Y debemos considerar esa otra idea, seguramente la más sólida de entre todas las que corren por ahí. Se trata de una reacción neuroquímica en el cerebro que, por supuesto, no conecta con ninguna experiencia del pasado. Esta especie de cortocircuito cerebral nos hace sentir ese curioso desdoblamiento que nos inserta en un entorno irreconocible. Al recuperarnos de la prueba es cuando recurrimos a asociarla con un recuerdo... sólo que el recuerdo no existe puesto que no hay experiencia previa. Nada que ver, pues, con la memoria. De hecho, este fenómeno lo sufren, precediendo a sus crisis epilépticas, numerosos pacientes psiquiátricos.

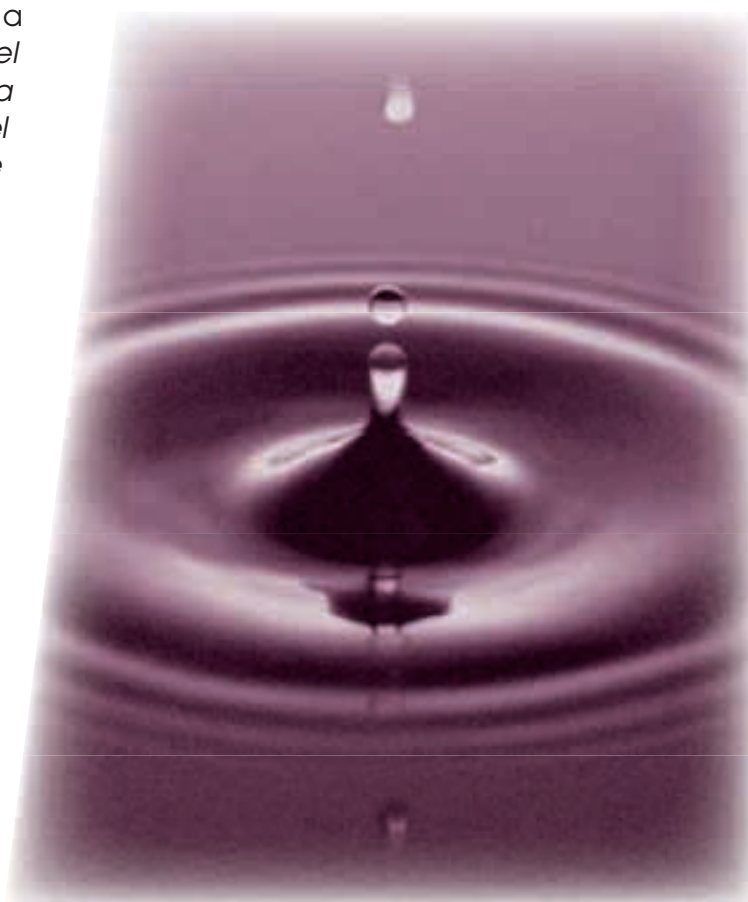
Sin ánimo de que cuanto escribo sea considerado más allá de una mera reflexión sin pretensiones, he querido 'prologar' con el inquietante fenómeno del *déjà vu* la infinitamente más inquietante y sin embargo seductora cuestión del Eterno Retorno. ¿Por qué? Pues se me ocurre que si un día consiguiéramos siquiera vislumbrar esta posibilidad de repetición del universo (o, como

lo percibió Nietzsche, de un "retorno de lo idéntico a sí mismo"), parece lógico que quedaran explicados no solamente el *déjà vu*, sino también un sinfín de fenómenos recordatorios de un hipotético pasado.

El Retorno es un tema extenso y muy complejo que ha vivido en todas las culturas a lo largo de diferentes épocas. Lo que fuera mito en tiempos arcaicos no ha dejado de rondar nuestro pensamiento como una presencia imposible de ignorar. Estamos hablando ni más ni menos que de la mutación del tiempo y el espacio. Cronos y Cosmos parecen no querer abandonarnos, hasta el punto de gravitar tercamente sobre la filosofía, la literatura y, desde luego, la ciencia, concretamente la física y sus últimas hipótesis. A propósito de ésta, es Abel Rey en *El eterno retorno y la filosofía de la física* quien dice lo siguiente: "El Universo es una máquina ciega, de tal modo construida que puede repasar una infinidad de veces por los mismos estados. La evolución es cíclica y la orientación de esta evolución en un momento dado, o durante un período dado, debe poder repetirse igualmente de manera indefinida. Dicho de otro modo: la máquina-universo es susceptible de restaurar su estado inicial. Mejor dicho: no hay estado inicial, salvo aquel que tomamos arbitrariamente por origen, sobre la evolución de un ciclo. Hay ciclo y eterno retorno". El mismo Nietzsche se acerca a la teoría científica de esta manera: "Si el universo tuviese una finalidad, ésta debería haberse alcanzado ya. Y si existiese para él un estado final, también debería haberse alcanzado". En apoyo de esta tesis, el germano añade que no puede evitar el pensamiento de volver lo más lejos posible en el pasado. La misma lógica le obliga a afirmar que no hay final para ese regresar infinito. En suma, cree que no hay finalidad ni en el pasado ni el en futuro. Por eso el mundo que existe no es algo que sucede y pasa: más exactamente es algo que jamás ha cesado de suceder y pasar pues vive sobre sí mismo.

¿Será, pues, el universo *su propia causa*? Hipótesis *Causa sui*. Algo así como "él se lo guisa, él se lo come". Parece que la física y la filosofía coinciden en la eternidad de la materia, pero ya se sabe que ni la una ni la otra se conceden límite alguno en sus presupuestos.

Hablar del tiempo es hablar de algo sumamente escurridizo y misterioso. En sus *Confesiones*, San Agustín de Hipona se hacía esta pregunta: "¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me interroga, yo lo sé; si quiero responder a esta pregunta, lo ignoro". Sabemos que el tiempo puede medirse, como sabemos que también es subjetivo pues cada individuo lo experimenta de manera diferente. Así, el tiempo relativo y el tiempo psicológico rigen inexorablemente los sucesos que vivimos y hacen de nuestra historia una figura de tres dimensiones: el presente, el pasado y el futuro. Hay un hermoso soneto de Quevedo que apunta la con magnífico metalenguaje estas tres únicas dimensiones temporales: "Soy un fue, un será y un es cansado". Pero seamos realistas, puesto que en sentido estricto ni somos ya, ni cabe asegurar que seremos, más bien digamos que *siempre* somos. De una u otra manera siempre somos. Y en este punto me sitúo un poco más adelante en las *Confesiones* de San Agustín: "Lo que se hace evidente y claro es que el futuro y el pasado no son; y, rigurosamente, no se sabría admitir estos tres tiempos: el pasado, el presente y el futuro. Pero se dirá con verdad: «Hay tres tiempos: el presente del pasado, el presente del presente y el presente del porvenir.» Pues este triple modo de presencia existe en el espíritu; yo no lo veo





en ninguna otra parte. El presente del pasado es la memoria; el presente del presente es la atención actual; el presente del porvenir es su espera". Siempre somos porque en nuestro presente vive la memoria a la vez que la expectativa de lo que puede venir.

Pero hay otro tiempo que es el verdadero tiempo. Tiene conexiones físicas con las leyes del universo: con la luz y su velocidad, con la fuerza gravitatoria, con el electromagnetismo. Nada externo le afecta. Ecuable, verdadero y matemático según la teoría de la relatividad, fluye desde el *big bang* y fluirá hasta el *big crunch* si tal colapso se produjera. Si no fuera así, fluirá hasta que el universo termine desvaneciéndose en la nada.

El tiempo camina del pasado al futuro. Es una flecha de una única dirección. La ciencia moderna parece avalar ampliamente este carácter lineal del tiempo. El universo tuvo un principio y tras la evolución irreversible no se cree que vaya a tener un final muy claro salvo ese paulatino apagarse en la nada. Y de nuevo me viene a la cabeza otro maestro de la pluma, Borges en *La doctrina*

de los ciclos intentando negar el Retorno. "La luz se va perdiendo en calor; el universo minuto por minuto se hace invisible. Se hace más liviano también. Alguna vez ya no será más que calor: calor equilibrado, inmóvil, igual. Entonces habrá muerto".

¿Será éste, efectivamente, el final de todo? Hace unos 3,750 millones de años que aparecieron los primeros indicios de vida sobre el planeta, y esta vida ha ido ajustándose a biorritmos con frecuencia impuestos por la rotación y traslación de la Tierra alrededor del Sol. Hemos vencido incontables peligros, nos hemos desarrollado en lugares increíbles, nos hemos diversificado hasta extremos insospechados... Hemos llegado a ser complejos y perfectos hasta el punto de lograr desentrañar en gran parte la historia natural del universo. ¿Y para qué? ¿No hay ningún porvenir para este derroche de energías? Una piedra nunca se lo va a preguntar. Ni un árbol, ni un gato, ni las aguas de los ríos y océanos. Nosotros, sí. Nosotros somos la pregunta misma. Y somos esa rabia que estalla ante esa respuesta que parece querer echarnos por el desagüe.

La ciencia nos informa de lo que parece obvio: que desde el primer instante de la Gran Explosión, hace 13,700 millones de años, estamos abocados a una eterna y gélida oscuridad. Desolador panorama. No me extraña que Nietzsche y Borges tengan como línea temática de prácticamente toda su obra la tranquilizadora cuestión del Eterno Retorno. He escrito tranquilizadora y no me ha temblado la mano. Sé que hablo de oleadas de millones de años volviendo por sus fueros. Sé que hablo de una humanidad que no llegaría a tener conciencia de su eternidad. Con las estrellas consumidas, sin suelo que pisar, no habrá ojos que contemplen el regresar al Regreso. Y qué. A veces es suficiente con la esperanza, por tibia que sea, de que nuestro destino no sea tan gratuito. Heidegger decía que el asunto del Retorno no tenía por qué catalogarse como una curiosidad indemostrada e indemostrable y que era una estupidez relegarlo a la categoría de capricho poético y religioso. A lo mejor tenía razón. Quién sabe. Su interminable diálogo con la obra nietzscheana posiblemente le suministró más de una clave sobre lo que el germano pudo haber percibido en el curso de sus paseos por la alta montaña. Yo estoy convencida de que Nietzsche superó alguna que otra frontera de esas que nos condicionan el

ser. ¿Cuál pudo ser esa crucial barrera? ¿Tal vez consiguió ir siquiera por un instante más allá del hombre?

A Nietzsche le obsesionaba el tema del Retorno. Puede decirse que toda su filosofía se sustenta en esta concepción que, con el paso de los años, fue evolucionando de manera importante en su pensamiento. Ya el joven Nietzsche de 1862 (*Destino e historia y Libre arbitrio y destino*) se adhiere a un devenir cíclico del Universo. En 1874 (*De la utilidad e inconvenientes de los estudios históricos para la vida*), cambiando de opinión, trata el tema con distanciamiento y manifiesta ironía al calificar de 'astrólogos' a los pitagóricos. Pero como Nietzsche es el paradigma de la originalidad y de la contradicción, vuelve por sus pasos y a principios de agosto de 1881, en Sils-Maria ("...a 6000 pies sobre el nivel del mar y mucho más alto aún sobre todas las cosas humanas", el Eterno Retorno es para él "el eterno retorno de lo idéntico a sí mismo", convicción que ya no le abandonará mientras viva. En septiembre de 1882 nos la encontramos formulada por primera vez en la *Gaya ciencia*, pero aquí es muy ligera, muy breve su exposición, y sólo es en *Así habló Zaratustra* (1883), y sobre todo en la cuarta parte de *Voluntad de Poder* (1901), donde ya nos encontramos perfectamente desarrollada la idea. Sin embargo, el germano no estuvo solo a la hora de volver a sacar a la luz la hipótesis del Eterno Retorno. Coincidió en el tiempo con otros dos pensadores franceses: Blanqui (*L'Éternité par les astres*) y Le Bon (*L'Homme et les sociétés*). Con ellos, el siglo XIX se rendía apasionado al influjo ancestral del mito.

"Yo suelo regresar eternamente al eterno Regreso", decía Borges para explicar su irredimible adición al tema. Ya lo creo que regresaba, y de la forma más entregada que se pueda imaginar. Por un lado, negando ásperamente esta doctrina; por el otro, afirmando su posibilidad, si bien con una significativa variante: que los ciclos son similares, nunca idénticos. En *La noche cíclica*, su más célebre poema, el Retorno cobra una grandeza desmesurada. Sólo citaré la última, y para mí más bella estrofa: "Vuelve la noche cóncava que descifró Anaxágoras; / Vuelve a mi carne humana la eternidad constante / Y el recuerdo, ¿el proyecto?,

de un poema incesante: / Lo supieron los arduos alumnos de Pitágoras...".

La humanidad viene alimentándose de teorías. Naturalmente, unas más fiables que otras ya que entrañan un rigor científico, pero en todos los casos lo que se ha pretendido es una explicación de por qué estamos aquí, qué es lo que nos sustenta y anima, qué nos arrebatará un día y adónde iremos a parar si es que nos espera un destino allende la vida. El uso de potencias tales como la razón, la emoción y la imaginación tenían forzosamente que abocarnos al cotilleo cósmico. Hemos avanzado mucho desde la teoría de las tortugas sosteniendo una Tierra plana en el vacío hasta las actuales que nos hablan de agujeros negros, de materia oscura, de supercuerdas...

La ciencia suspira por una teoría unificada que proporcione las razones del universo. También la literatura pone su granito de arena. En *La Biblioteca de Babel*, Borges describía la posibilidad de hallar la fórmula magistral del universo de esta manera: "En algún anaquel de algún hexágono (razonan los hombres) debe existir algún libro que sea la cifra y el compendio perfecto de todos los demás: algún bibliotecario lo ha recorrido y es análogo a un dios".

Nuestro mundo es incomprensible. Queremos hallarle un sentido y vamos sin titubeos tras las verdades últimas. Desde las sociedades premodernas no hemos cejado en el intento de ver más allá de nuestra dimensión humana. Hemos creído que los símbolos, los mitos y los ritos nos justificaban sobre



la Tierra. Viéndonos réplica de arquetipos celestes, la oscuridad de nuestro origen se nos hacía más llevadera. Con este sistema primigenio (verdadera metafísica) el ser humano se organizaba la vida y se preparaba el regreso al paraíso. Abajo como arriba era la consigna. Lo que ahora hacemos ya lo han hecho los dioses. Nos hemos arrojado con las religiones y, aun ganando en valores, no nos apartábamos ni un milímetro de lo difuso. Hemos buscado, analizado y contrastado por medio de la filosofía, y por este camino hemos desembocado en la ciencia y su discurso. Me pregunto si, al final, hemos avanzado. Me cabe la sospecha de que la humanidad no ha hecho otra cosa que moverse en círculos por un bosque insondable. De la umbría al claro, del claro a la umbría... Nuestro caminar

nos ha llevado de la agreste mitología a la religión-cultura como sistema organizado de creencias. En cuanto a la filosofía, que siempre ha planeado sobre todas las cosas, nos ha conducido rectamente a la ciencia. Y de la ciencia... ¿adónde? ¿A Dios, quizás? ¿De nuevo el Arquetipo Celeste? El círculo que nos empeñamos en creer desvanecido cobra vida repentinamente, pues la ciencia ya comienza a descuidar los *cómo* en favor de los *porqué*. Los *porqué* sólo pueden reconducirnos hacia el Gran Demiurgo. Parece haber círculos por todas partes. Ahí afuera, todo se mueve en círculos. Aquí adentro, todo es círculo: la naturaleza, sujeta a medida temporal, se renueva cíclicamente. Muere y renace, y aunque no vuelve la misma hoja, aunque no vuelve la misma persona, sí vuelve la misma

cosa, es decir, la vida renovada. En la próxima hoja y el próximo ser estará el humus de la hoja y el ser que cayeron. Y cuando se agoten los ciclos que son posibles en la Tierra, cuando se agoten los ciclos que son posibles en el universo, ¿volveremos a volver? ¿Y por qué no? ¿Por qué no morir en invierno, como Dioniso y Adonis, para resucitar en primavera? Ahí precisamente tendríamos la explicación de ese eco de nosotros mismos: el *déjà vu* que tanto nos trastorna. Sería como si en este interminable carrusel cósmico lo que fue persistiera en un ahora incesante a la manera que persisten las 24 imágenes que mueve por segundo un proyector de cine. Hermosa hipótesis, ¿verdad?



Termino con Walt Whitman:

“De nuevo asciendo al jardín del mundo.
 Precedo a poderosos compañeros, hijas, hijos.
 El amor, la vida de sus cuerpos signífico y soy.
 Con curiosidad observo aquí mi resurrección tras el letargo.
 Los recurrentes ciclos, en sus amplios vaivenes me han traído de nuevo.
 Amorosos, maduros, todos encantadores a mis ojos, todos maravillosos,
 mis miembros y el inquieto fuego que siempre corre por ellos
 por causas maravillosas
 existen. Atisbo y penetro aún,
 satisfecho con el presente, satisfecho con el pasado.
 A mi lado o detrás mío va Eva,
 o delante, y yo la sigo del mismo modo”.